

bros de todos los siglos. Este estilo, por no salir del mismo término de comparación, es como el de la arquitectura griega, que parece uniforme y tiene las divisiones necesarias, y grandes partes que señalan precisamente lo que podemos ver sin fatiga, y lo que basta para ocuparnos el ánimo. A los grandes cuerpos corresponden necesariamente grandes miembros: los gigantes tienen grandes brazos, los cedros grandes ramos, y los Alpes se forman de grandes montañas: el estilo noble en los objetos magníficos debe tener pocas divisiones, pero grandes, y en estos ámbitos campea la magestad oratoria.

Acontece otras veces á algunos escritores que, pretendiendo hacer variado el estilo por medio de contraposiciones, le dan con esta artificiosa simetría una uniformidad viciosa. Algunos creen á fuerza de situaciones contrastadas animar lo lánguido y frío de una composición, disponiendo el principio de cada frase en oposicion con el fin: defecto muy comun en los autores de la baja latitud, como entre los nuestros en los reinados de Felipe Cuarto y Carlos Segundo. Además de no ser natural este estilo, hallamos en él tan poca variedad, que así que vemos una parte de la frase, adivinamos luego la otra que sigue. Verdad es que hallamos palabras opuestas; pero opuestas de una misma manera; vemos una contraposicion en las frases, mas siempre de un mismo color y forma, que es la mas molesta uniformidad. Tampoco está la variedad en inventar espresiones nuevas, sino en usar con mucho tino y gusto de las mas nobles y pulidas, variando con gran arte y maestría los modos, los ligamentos, y las transiciones de las frases y sentencias.

De la precision. — La precision en el estilo es hija de la exactitud y claridad de nuestros conceptos; descarga de impertinentes accidentes al discurso, separa las cosas verdaderamente distintas, y evita la confusion que nace de la mezcla de las ideas. Es por consiguiente una prenda de gran valor en todo género de escritos.

La *precision* en las ideas dá fuerza y espíritu hasta al lenguaje comun y ordinario, y le comunica cierta grandeza; pues, quanto mas simples y sensibles son las verdades, requieren mas precision. Dígalo la geometría que por ser la ciencia mas cierta y clara, pide la mas rigurosa exactitud. Pero es necesario, para no confundir la precision con la concision, que distingamos estas dos calidades.

De la Concision. — La concision pertenece á la espresion, así como la precision á las ideas, desecha las palabras superfluas, condena los circunloquios inútiles, y emplea siempre los términos mas propios y significativos. Podemos añadir que, así como el objeto de la precision es la cosa que se dice, el de la concision es el modo con que se dice. La primera simplifica al concepto, y la segunda abrevia su espresion.

La concision debe reinar en las definiciones, en la argumentacion, en las sentencias, en las breves narraciones, etc.; porque lo *difuso* es tan opuesto á lo conciso como lo *prolijo* á lo preciso y lo *extenso* á lo sucinto. Y para dar una breve idea de estas tres diferentes calidades, podrémos, decir: que á lo *preciso* nada se le puede añadir que no le haga prolijo, y á lo *sucinto* nada quitársele sin que quede oscuro; mas lo conciso, siempre que se le cercene, quedará *oscuro*, ó *difuso* si se le añade.

En hermosa lenidad de frases, sean las voces, no las muchas, sino las mas significativas, las que formen frases de vigoroso espíritu, que den nervio á la sentencia. Grande primor será si estas tienen con la gracia de breves el mérito de claras, en cuya fecundidad oculta se diga mas de lo que se dice, á manera de quien, mirando por estrecho resquicio, ve dilatado campo; y á semejanza de aquel artífice que, dibujando un dedo en reducida lámina, nos fijó en la imaginacion todo un gigante, hallando en ella lo que no hay.

Es gran primor del escritor saber reducir en un limitado espacio, cosas que otro necesita entender en una prolija oracion. El que sabe ser conciso, presenta solo lo principal del objeto, como hacian acertadamente los antiguos, que daban dentro del círculo de una medalla todo un Cesar, retratando solo la cabeza, porque la medida de los varones grandes se toma de hombros arriba.

Del estilo breve y conciso usaban los estóicos, porque encierra espíritu sentencioso; y así Justo Lipsio en la vida de Séneca los compara á los que usaban en la pelea de puñales para asegurar mejor las heridas. De la brevedad de Focion en hablar, se maravillaban todos; por lo cual Polieneto decia: que Demóstenes era gran retórico, pero Focion gravísimo porque en muy breves palabras comprendia muy grandes sentencias. Y el mismo Demóstenes, despreciando á todos los demas, acostumbraba decir, en levantándose á orar y razonar Focion: *ya se levanta el cuchillo de mis palabras.*

Con pocas palabras se manifiesta la grandeza

del ánimo. Hablar poco y decir mucho es decir mas de lo que se habla; y decir mas de lo que se habla, es valentía y escelencia del entendimiento. Para conocer á alguno, le dijo el Sábio que hablase: menester es que hable el discreto para que le conozcan; pero su tiempo es menester para hablar. El que habla mucho, aunque hable bien, será hablador; y es dificultoso que hable bien si habla mucho.

Hablar poco, y al mismo tiempo claro, y agradable, con gran peso y magestad de sentencias es lo mas dificultoso; y éstas calidades y virtudes se hallan en Julio César. Homero dice que Meneláo fué dulce en el decir, y que hablaba poco: que la brevedad en los príncipes, capitanes, y magistrados es alabada. Octavio César cuando tenia que hablar al senado, ó al pueblo, ó al egército, nunca lo hacia sino de pensado, y muy en orden para no hablar mas ni menos de lo que tenia determinado. Esta brevedad favorecia mucho á Pisistrato ateniense para alcanzar gracia con sus ciudadanos: y aun dicen que por ella alcanzó el imperio de todos los griegos.

Solo los Lacedemonios son loados de esta manera de hablar enfático y agudo, y principalmente su rey Agesilao, que á veces decia de repente dichos breves, muy gustosos, y aparejados á mover los ánimos de los oyentes á lo que pretendia. Este estilo se adapta bien á la sátira, al donaire, y al gracejo. Licurgo quiso que los muchachos de Lacedemonia se egercitasen en esta manera de hablar, para que se enseñasen á la burla inocente, y supiesen rechazar las pullas. Demóstenes en sus dichos fué mas urbano que agudo, en lo cual, á dicho de muchos, tuvo Ciceron

esceso: así vinieron á ser censurados los dos mayores oradores, el uno de corto, y el otro de largo.

Pero ¿cómo hablará con concision el que ignora el uso del idioma en que habla? Es necesario que conozca toda su riqueza, todas las formas de su índole, sus licencias gramaticales, y toda la propiedad de las palabras y sus diferentes sentidos y usos. Por esto las mugeres y muchachos son tan difusos en su locucion: y por esto, los mismos hombres, quanto mas legos y rudos; son mas verbosos y redundantes. Así vemos que los mismos artistas son intolerables por su diffusion y pesadez, cuando escriben de su arte, si no les guían la pluma las buenas letras ó la filosofía.

En efecto, el que no conoce la riqueza de su propio idioma ¿cómo sabrá abreviar, cercenar lo que sobra, ni suplir lo que falta en la declaracion de un pensamiento? El que ignore la propiedad de las voces ¿cómo sabrá escoger la mas enérgica y espresiva? Si ignora la índole de la lengua ¿cómo conocerá el orden y la inversion de las palabras, y la fuerza elíptica en la frase, para reducirla á la menor espresion sin quitarle nada de lo esencial para su inteligencia? Si no conoce las licencias y anomalías gramaticales ¿sabrán, por ventura, como, cuando, y hasta donde se pueden suprimir, ya el verbo, ya el artículo, ya la conjuncion, ya el pronombre, ya el adverbio?

Sea como fuere, para escribir con precision, es necesario pensar como filósofo, y esponer como géometra: para hablar con concision, es necesario mucho ejercicio antes de fiar á la pluma

sus conceptos. Así vemos que en las primeras producciones suele ser mas redundante y débil el estilo que en las últimas, como se experimenta en los jóvenes. El que usa del estilo conciso, conoce el difuso; y por esto lo evita, para huir de la redundancia. El ignorante está mas espuesto á caer en la espresion difusa, porque nunca está seguro si lo que dice es todo lo que debe decir para darse á entender.

Por otra parte no se puede escribir con concision sin que haga el entendimiento un grande esfuerzo; porque, al mismo tiempo que estendemos nuestros conceptos en el papel, reducimos y castigamos el tropel de palabras que se nos representan arreataadas, digamos así, á nuestra imaginacion. Así acontece que en los borradores de toda composicion casi siempre es mas lo que se quita que lo que se añade á las frases, para dejar hermosa y fluida la brevedad del decir.

Ningun idioma de los vulgares me parece tan suelto y libre para acomodarse al estilo conciso como el castellano, y por consiguiente tan adaptable su frase para seguir é imitar la brevedad y rapidez del latino. Sin embargo, son pocos los escritores nuestros que se han abierto un camino en esta manera de componer, fuera de Mariana, Mendoza, Antonio Perez, y Saavedra: no hablo de los senequistas de los reinados de Felipe IV., y Carlos II., que, por hacerse cortos, cortaban el curso natural de la oración; por hacerse breves, se hacian oscuros; y por ostentarse sentenciosos, encerraban en un profundo retiro la discrecion, dejándose atras á los geroglíficos egipcios.

De cuantas maneras se puede conciliar la concision con la claridad de la idea, y con la liber-

tad gramatical de nuestro idioma, sóbranos á cada paso egemplos. Hablando del egército de los Cristianos ántes de darse la famosa batalla de las Navas, dice un historiador: *Resolvieron buscar al enemigo: llegó el egército al pie de Sierra-Morena: faltó el forrage: menguóse el bastimento. La fragosidad negaba el paso; el hambre no permitia la permanencia; la reputacion no concedia la retirada: imposibilitados totalmente de volver, de estar, ni proseguir.*

Hablando de D. Alvaro de Luna, pintalo con esta breve concision el P. Mariana: *Era de ingenio vivo, y de juicio agudo; su astucia y disimulacion grande; el atrevimiento, soberbia, y ambicion, no menores.* En las dos últimas cláusulas se omite el verbo recto *ser*, pues pudiendo decir su *disimulacion* era grande, y su *soberbia* y *ambicion* no eran *menores*, no lo quiso decir, y aun omitió el artículo *la* en los nombres *soberbia* y *ambicion*. De la misma concision usa en el retrato que hace del rey Don Alfonso el Magno, cuando dice: *Era alto de cuerpo, de muy buen rostro y apostura: la suavidad de sus costumbres muy grande: su clemencia, su valor, su mansedumbre, sin par.* No solo vuelve á suprimir aqui el verbo *ser*, mas tambien omite la conjuncion y entre valor y mansedumbre. Pondrémos, entre innumerables que omitimos, esta otra muestra de la concision á que se presta la libertad de nuestro idioma en una oracion distribuida en cuatro miembros: *Si era animoso, decian que era otro Julio Cesar; si virtuoso, que otro Octaviano; si veraz, que otro Trajano: si sufrido, que otro Vespasiano.* En los tres últimos miembros se omite en cada uno la repeticion de *si era* y de *decian era*.

Es de tanto uso la figura elipsis en los modismos del idioma castellano, que parece que solo en él se puede faltar á la gramática sin dañar al concepto ni á la claridad: anda la oracion, y no tiene pies muchas veces: habla y es muda. Ya hemos visto como se omiten los verbos, y lo veremos mejor en esta oracion: *Si encuentra ricos, se muestra avaro; si pobres, ambicioso.* En el segundo miembro se calla el verbo *encontrar*, y *mostrar*.

Hablando de un soldado muy nombrado por su valor, dice un escritor: *Hizo lo que nunca, volver las espaldas.* En esta oracion se saltan dos cláusulas, por no debilitar la frase con esta estension gramatical: *Hizo lo que nunca habia hecho, que fue volver las espaldas.*

El estilo sentencioso pide para mayor gravedad y autoridad esta estructura suelta y cortada; y es cosa rara que, quanto menos ligada la oracion, sea mas nerviosa. Veamos en este egemplo cuantas palabras faltan en el segundo miembro para ligarlo con el primero, y como no las necesita la inteligencia del concepto. Leemos en este breve aviso moral todo lo que conviene retener en la memoria: *Muchos pueden hacerte dichoso; honrado, tú solamente.* En esta última cláusula leemos implicitamente, *pero hacerte honrado, tú solamente lo puedes.* Aun es mas visible la desnudez elegante de la elipsis en esta oracion: *En semejantes vanidades se gasta el tiempo, una vez ido, irrevocable.* Toda la fuerza y gravedad de esta frase desaparece diciendo despues de *tiempo, el cual una vez ido, es irrevocable.*

Con esta especie de sequedad y parsimonia de voces, recibe el estilo un aire de magestad y

grandeza, que apenas se distingue si son las cosas ó las palabras las que aparecen magestuosas, ó grandes. Si á este estilo le faltan fluidez y melodía, y á veces correccion, en recompensa le sobran aquel vigor y energía que pide la severidad y desenfado filosófico; cuando dicta máximas y pinta desengaños. Basten los siguientes egemplos: *De tan inestimable precio es la libertad; que no gozarla, es de bestias; dejarla perder, de cobardes.*—*No sé en qué tiempo mienten mas los hombres, cuando lisongeros, ó cuando enemigos: yo todo lo juzgo un tiempo, todo un nombre.* Así dijo un autor nuestro antiguo, en la edad en que se pensaba mejor que se escribía, y en que algunos rasgos felices, salvados de entre los tenebrosos misterios de aquellos, escritos pueden servir de modelos de precision y concision, como en las dos sentencias que acabamos de trasladar, y en este simil emblemático del mismo autor; *cargos y oficios: yedra en el muro, que engalana y destruye.* Esta oracion sin verbo ni régimen, parece hecha mas para los ojos que para el espíritu; por que es mas lo que en ella se pinta que lo que se dice. Y para cortar sentencias por este breve talle, es única maestra la lengua castellana.

Pero tambien la estremada concision, que suele ser afectacion en muchos autores, deja el sentido de la frase ambiguo y oscuro las mas veces; y así se ahogaban en este humo de su vanidad nuestros autores aforísticos de filosofia político-moral, que hablaban en cifra por parecer oráculos.

La cosa mas agradable y preciosa deja de ser estimada y singular cuando se abusa de ella. Una obra, un discurso, una composicion entera, construida toda de frases cortas y miembros cortados,

seria intolerable tanto al oido, como á la imaginacion del oyente: la memoria no puede retener lo que anda desatado, y la atencion se pierde entre tan desunidos materiales. Cenirse en corto espacio para correr despues la pluma con mas rapidez, ó estenderse con mas anchura, es prenda del buen escritor, que sabe acomodar en tiempo y sazón el estilo á la materia y al lugar. Cuando decimos que un autor es conciso, no entendemos sino que suele inclinarse su estilo en lo general á este género de escribir; no que toda la estructura de las frases lleve esta forma. ¿No se ha de hablar alguna vez á los sentidos para entretener la imaginacion, ó mover el ánimo del lector, ó del oyente?

Si es insoportable la excesiva brevedad, que deja truncado el estilo, dura la frase, y enigmático el sentido; no lo es ménos la verbosidad que algunos confunden con la facundia. La natural fecundidad y facilidad de algunos escritores, no la permite poner término á la lozanía de sus expresiones: prolijos y menudos en sus definiciones: difusos en sus alegorias y comparaciones: dilatados en sus contrastes: y acompasados aun en sus gracias, en cuyos escritos se descubre mas retórica que elocuencia. Si la memoria y la atencion del lector padece con la corta brevedad de los unos, no sufre ménos con la profusion y redundancia de los otros. Á los Embajadores de los Sámios, segun cuenta Plutarco, que amonestaban á Cleómenes que hiciese la guerra al tirano Policrates, sobre lo cual le hicieron un razonamiento muy largo, les dijo: *De lo que dijiste primero, no me acuerdo, y por esto no entiendo lo de en medio; y lo postrero de ningun modo apruebo.*

Puede atribuirse la redundancia á la verbosidad, y esta á la facilidad. Á lo menos la facilidad de amplificar por todas circunstancias y aspectos imaginables un mismo pensamiento es ocasion de caer algunas veces en un estilo difuso, lánguido, monótono. El que cree que nunca acaba de imprimir en los ánimos de los oyentes la verdad ó doctrina que predica, forzosamente ha de derramar en la oracion frases y palabras que se repiten muy á menudo, ó que se diferencian con muy poca variedad.

De esta superabundancia nace la languidez y frialdad del estilo. Cuando se apura la materia, desfallece el brio y el interes; y las últimas expresiones, en cierta manera amortiguadas, han de enervar precisamente á las primeras. Entónces es preciso recurrir á lugares comunes, á frases nuevas mas no diferentes, á comparaciones y á símiles triviales, y las mas veces inoportunos, y á discursos y pruebas contrapuestas en que el escritor, haciendo la primera parte, tiene hecha la segunda, y el lector, una vez leída la una, tiene adivinada la otra, como el reverso de una moneda corriente. De aquí nacen tantas frases descuidadas, tan frecuentes repeticiones, tanta uniformidad de pensamientos y de períodos; de todo lo cual se viene á formar una composicion difusa, molesta, y derramada. Así sucede que muchos pensamientos, antes que florezcan en la oracion, se marchitan.

Los que pecan en este lenguaje, no es porque no usan de palabras castizas y elegantes; sino porque las multiplican sin necesidad, ó las toman en una significacion vaga é inadecuada á su intento. Y no solo ha de estar limpia la oracion

de palabras superfluas, sino tambien de todo miembro redundante; porque si cada palabra no representa una idea nueva, y cada miembro no abraza un nuevo concepto, queda enervada la sentencia. Todas aquellas palabras que no añaden algo al sentido de la proposicion, lo debilitan; y siendo superfluas, embarazan la oracion, quitándole la soltura y fluidez de los períodos. La concision pide mucha severidad y buen tino, ya cercenando lo preciso para dar nervio y energia á la sentencia, ya no desnudando tanto la frase, que salga duro y árido el estilo.

Entre los vicios de la redundancia es el mas frecuente la prodigalidad con que se siembran los epítetos, cuya vana é inutil ostentacion no es mas que hojarasca que cubre y oculta al ruin fruto. La célebre poetisa Corina, dijo un día de Píndaro, sonriéndose de la profusion de epítetos con que este poeta empezaba un poema. *Tú habias tomado un costal de grano para sembrar una pieza de tierra; y en lugar de arrojarlo á puñados, al primer paso le vaciaste.* ¿Y qué diremos del uso inmoderado de los superlativos, que ofenden la cordura y hacen dudosa la verdad? Son las exageraciones prodigalidades de la estimacion: son indicio de cortedad de conocimiento y de gusto. Son raros los casos en que cae bien su aplicacion, cuando no ayudan á la mas viva demostracion de un encarecimiento.

Del Decoro.— Como en nuestra vida, y en todas nuestras obras, no hay cosa mas difícil que ver lo que nos conviene; lo mismo es en la oracion, donde lo mas principal es guardar el decoro, no solo en las sentencias, sino en las palabras: que no toda fortuna, ni toda honra, ni to-

da autoridad, ni dignidad, ni edad, ni tiempo, ni todos los oyentes han de ser tratados con unas mismas palabras y razones: mas siempre se ha de considerar lo que mas á cada uno convenga. Isócrates da el precepto siguiente á su rey: *En todo lo que dijéres y pensáres, siempre debes tener presente en la memoria que eres rey, para que no digas ni hagas cosa indigna de tan gran nombre.* En gran manera, dice Plutarco, se ha de recatar el que hubiere de hablar sobre pensamiento, que no use de palabras vanas con el pueblo; pues sabemos que Pericles, aquel gran orador, antes que comenzase un razonamiento al pueblo, acostumbraba rogar á los dioses que ninguna palabra le viniese á la memoria que fuese agena del propósito. De Alcibiades cuenta Teofrasto, que cuando oraba, andaba buscando con atencion, no solamentente que diria, pero tambien como lo diria, y de que manera templaria el decir, y que rigor ó blandura pondria en las palabras: y ésta era la causa porque muchas veces se paraba, y parecia turbarse y titubear. El que comienza desde la misma cosa, y habla luego de ella; en gran manera, mueve y persuade al pueblo, y lo atrahe á lo que quiere sin trabajo.

Es impropio y disonante el estilo si no conviene con el sugeto, como cuando se usa de frases blandas y regaladas en casos tristes y terribles. Así sucedió á Lisias en la oracion que hizo para la defensa de Sócrates, quien la juzgó por buena, pero indecente para la gravedad y estimacion suya; porque, como dice Aristides en una oracion: no conviene á la muger noble lo que á la deshonesta y perdida; y mucho ménos á los hombres lo que á las mugeres. Y por esta razon lla-

marémos prudente al orador, cuando sabe usar de la gracia, de la suavidad, de la llaneza, de la cultura, ó de la grandilocuencia, ya sea en las cosas, ya en las palabras, en su lugar, en su tiempo, y en su modo.

La elevacion y magnificencia roban nuestra atencion, cuando la diction corresponde al objeto, porque es regla general que la expresion se mida con el asunto que se trata. ¿Quien referirá el incendio de Roma por Neron con lenguaje sencillo y frio? Cuando los personages, ó sus hechos, son ilustres y grandes, la locucion debe ser tan magnífica como ellos. Veamos como habla Ciceron cuando habla de Julio Cesar: *El mayor presente, (le dice) que te hizo la naturaleza, es la voluntad de hacer bien, ya que de la fortuna recibiste el poder de hacerlo.*—Oigamos con qué gravedad habla Valerio Maximo de una accion generosa de Pompeyo, vencedor y restaurador de Tigranes: *Le restituyó (dice) su primera dignidad, juzgando por cosa tan gloriosa el hacer como el vencer reyes.*—No menos digno del sugeto es este rasgo magnífico de un historiador en elogio de Carlo Magno: *El imperio se sostenia por la grandeza del emperador, quien, sobre ser hombre grande, aun era mayor principe.*—Del Rey Católico D. Fernando dice D. Diego de Saaavedra: *Ni victorioso se ensoberbeció, ni desesperó vencido; y firmó las paces debajo del escudo. No tuvo Corte fija, girando como el sol por los orbes de sus reinos.*

Hablando Plutarco de la conformidad estrecha que debe guardar el estilo con el asunto, nos refiere: que á uno que alababa mucho á un orador, que las cosas pequeñas engrandecia y amplifica-

ba, dijo Agesiláo : *Yo por cierto no tengo por buen zapatero al que para pie chico hace grandes zapatos.* A este propósito se puede aplicar lo que un viagero respondió á un pequeño y pobre Principe de Alemania que, enseñándole todas las piezas de su palacio, y preguntando lo que le parecia, le dijo : *Que en nada habia que poner reparo, sino en la cocina, que era demasiado grande.*

Otras veces procede la discordancia é impropiedad del estilo con las cosas, del desacierto de algunos escritores, cuando zurcen retazos de obras de otros, y los aplican á estofa de distinta suerte ó color; ó pretenden que lo que trabajó el autor original para su intento, se ajuste despues á su sentencia, aunque perfecta en sí misma. Debieran ellos advertir que lo bueno y lo propio es lo que conviene, y que la conveniencia está en que lo feo cuadre con lo feo, lo hermoso con lo hermoso, lo humilde con lo humilde, y lo magnífico con lo magnífico. A estos malos ladrones de trabajos ajenos podria aplicárseles aqui lo que cuenta Plutarco de Demónides el cojo, el cual, habiéndole hurtado los zapatos, echaba plegarias que viniesen bien al pié del ladron, porque eran torcidos, y por eso no podian hacer sino al pié de otro cojo.

De la dignidad.—No basta que la dición sea decente en los discursos oratorios, y escritos serios, la dignidad que pide el estilo reprueba las locuciones bajas, populares, ó muy comunes.

Este defecto en que han caido algunos oradores y escritores, famosos por otros respectos, se toca en este egemplo : *Estos mismos varones, que vemos hoy en los cuernos de la Luna, pu-*

diendo haber dicho el autor con dignidad, que *vemos hoy ensalzados, ó bien, que vemos en la cumbre de la fortuna.* Lo mismo se puede re- prender en esta otra sentencia : *El vicio señorea, y la virtud anda por los suelos,* pudiéndose decir, *la virtud está abatida, ú hollada.* Esta desigualdad nace de falta de gusto, ó de negligencia en castigar el estilo, ó de poca delicadeza en las costumbres, y en la educacion civil y literaria.

En los símiles suele ser donde mas se descubre esta desigualdad de lo muy elevado y lo muy humilde. *Asi como el hombre* (escribe un elocuente místico) *naturalmente es mayor que una hormiga, asi aquella nobilísima sustancia divina sobrepuja tanto todas las otras sustancias criadas, que todas ellas apenas son una hormiga delante de él.* Sigue el mismo autor el mismo estilo con otro egemplo, cuando dice : *Los buenos considerando que tienen á Dios por padre, y que es el que les envia aquel cáliz como una purga ordenada por mano de un sapientísimo médico;....* La palabra *hormiga* del primer egemplo, y la otra *purga* del segundo, sobre ser humildes en sí mismas, son impropias de unas ideas tan altas y nobles.

Ninguna cosa debe procurar tanto el que desea alcanzar nombre de escritor suelto y elegante con la gala de la elocucion, como la limpieza, escogimiento de voces, y ornatos que presta la lengua. No la enriquece quien usa de vocablos humildes, indecentes ó comunes, ni el que introduce vocablos peregrinos, inusitados, ó insignificantes; ántes la empobrece con este abuso. Los unos por falta de cuidado y diligencia, se contentan con la llaneza y estilo vulgar, creyendo que lo